

A vueltas con España

Justo Beramendi

Universidade de Santiago de Compostela

La cuestión nacional, a escala mundial o en el ámbito español, continúa en el candelerero. En la política real y, por tanto, también en la publicística y en las preocupaciones académicas. No es de extrañar, pues, que, al calor de los conflictos políticos, vaya en aumento la proliferación de artículos de opinión, ensayos reivindicativos de esto o aquello y, en menor medida, auténticos trabajos de investigación o síntesis académicas. Atraídos por la rabiosa y pertinaz actualidad del asunto, columnistas, arbitristas, tertulianos, historiadores, politólogos, sociólogos y antropólogos acuden en tropel, más revueltos que juntos, como moscas a la miel. Y esto no es malo, pero hace imposible dar debida cuenta de tan abundante y docta producción en las pocas páginas de un *review article* como éste. He de seleccionar en función de mis lecturas, nunca completas, de mi personal criterio y de ciertas indicaciones de la dirección de la revista. Por ello pido perdón por anticipado a quienes, por no mencionados, se sientan injustamente preteridos.

Como es lógico, me ocuparé sólo de las publicaciones más recientes que se ocupan de tres objetos de estudio distintos pero estrechamente relacionados: el nacionalismo español, la nación/identidad española y la evolución del conjunto de la cuestión nacional en España. Por tanto, quedan fuera de este comentario aquellos trabajos sobre los nacionalismos españoles subestatales, campo en el que se han hecho aportaciones nuevas de excelente factura o se han reeditado otras que son ya verdaderos clásicos en nuestra especialidad ¹. Tampoco voy a comen-

¹ Destacan, para el nacionalismo catalán, ANGERA, P.: *Literatura, pàtria i s(c)ietat*.

tal' la abundante literatura de combate, tenga o no disfraz académico, cuya razón de ser radica en la defensa de esta o aquella nación (o de su correspondiente nacionalismo confeso o inconfeso) y el consiguiente ataque a sus contrarios, y no en el esfuerzo de análisis y explicación de tales fenómenos.

Hace menos de un año tuve ocasión de hacer un balance sobre esto mismo, en el que decía² que los avances mayores en este campo se habían dado en la percepción del protonacionalismo del siglo XVIII, en el análisis de determinadas tendencias ideológicas o de ideólogos individuales y en el estudio de la incidencia del nacionalismo español sobre la historiografía y sobre la enseñanza de la historia de España como instrumento nacionalizador³. Progresos más discontinuos había también en la relación entre nacionalismo español y desarrollo constitucional y en la interacción entre este nacionalismo y las diferentes coyunturas políticas (especialmente en la del 98). Mucho mayor era el campo que quedaba por cultivar en el estudio de las interacciones entre nacionalismos y regionalismos, es decir, en la consideración de la cuestión nacional en su conjunto. Y concluía que «las dos carencias mayores que aún persisten, aparte de otras ya indicadas, son el estudio completo del proceso de nacionalización español (y, por ende, de todos los factores que lo condicionan) y la síntesis ulterior que integre los conocimientos parciales disponibles en una construcción historiográfica centrada justamente en ese proceso desde el principio al fin».

Els intel·lectuals i la nació, Vic, Eumo, 1999. \ *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme, 1808-1868*, Barcelona, EIII)Úries, 2000. El libro de RIQUER, B. de: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 2000 (traducido al castellano, y algo modificado, en 2001 con el título *Escolta Espanya*), es una recopilación de artículos anteriores, unos sobre Cataluña, otros sobre España, entre ellos su conocida tesis de 1992 sobre las debilidades del proceso nacionalizador español. En cuanto al nacionalismo vasco, vid. AIZPURT, M.: *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923)*, Bilbao, UPV, 2000; ELORZA, A. (ed.): *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; PABLO, S. de; MEES, L., y RODRÍGUEZ RANZ, I. A.: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Barcelona, Crítica, 2 vols., 1999-2001; y TÁPIZ, I. M.: *El PNV durante la II República*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 2001, así como las reediciones de las obras ya clásicas de Javier Corcuera y Antonio Elorza.

² Vid. GRANJA, I. L de la; BERWENDI, J., y ANGUERA, P.: *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 265-274.

³ En este último aspecto dos obras recientes representan muy bien los progresos realizados en años anteriores: la coordinada por PÉREZ GARZÓN, I. S.: *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, y la versión castellana de BOYD, C., *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

Veamos ahora en qué medida hay que rectificar o matizar esta valoración a la vista de las publicaciones más recientes. En lo que se refiere a la cuestión nacional en su conjunto y a las correspondientes interacciones entre nacionalismos cabe mencionar varios títulos de muy diferente índole. Tenemos en primer lugar dos publicaciones colectivas que en realidad siguen el viejo esquema de la agregación de pequeños estudios de caso, especialmente en el número monográfico de la revista *Historia Social* 4, y algo menos en el de la revista *Ayer*, en el que algunas contribuciones prestan cierta atención a las influencias mutuas entre el todo y las partes o están dedicadas a cuestiones generales⁵. Un carácter más integrado tiene la breve síntesis de X. M. Núñez Seixas⁶, que, además de apretados resúmenes de los regionalismos y nacionalismos subestatales, en lo relativo al español y al proceso total se limita a incorporar las hipótesis de trabajo y conclusiones provisionales anteriores formuladas por él y por otros. Aunque a mayor escala y con una dotación de complementos documentales e historiográficos orientada a la enseñanza universitaria, algo similar sucede con el libro de J. L. de la Granja, I. Beramendi y P. Anguera, ya citado y que, por razones obvias, no voy a analizar. Por último, hay dos obras, las de J. P. Fusi y I. Tusell, que, por su ambición interpretativa/normativa, merecen comentario aparte y más pormenorizado.

⁴ «La construcción imaginaria de las comunidades nacionales», núm. 40 de *Historia Social*, 2001. Contiene artículos sobre los casos gallego (X. M. Núñez Seixas), vasco (J. J. Díez Freire), catalán (A. Colomines), valenciano (J. Paniagua), andaluz (A. L. Cortés), cubano (C. Naranjo) y argentino (D. Marre), amén de un texto de Hobsbawm sobre la invención de la tradición y de dos aportaciones sobre nacionalismo español, una de J. S. Pérez Carzón, que trata de los mitos fundacionales y la unidad imaginada de la nación, y otra de J. Álvarez Junco, cuyo contenido, las insuficiencias de la acción estatal, es una parte del libro que comentaré después.

⁵ GARCÍA ROVIRA, A. M. (ed.): «España, ¿nación de naciones?», núm. 35 de *Ayer*, 1999. Se compone de artículos sobre el surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas (B. de Riquer), los factores que inciden inicialmente en el nacionalismo español (I. S. Pérez Garzón), liberalismo y doble patriotismo en Cataluña (J. M. Fradera), políticas de la memoria en Barcelona (S. Michonneau), la construcción del Estado liberal y la concepción foral de España (J. Aguirreazkuenaga), los proyectos gallegos para la articulación política de España (J. Beramendi), las limitaciones de la construcción de la nación española en Valencia (M. Martí y F. Archilés), la convivencia ciudadana y los sentimientos de identidad (J. R. Recalde) y unas consideraciones generales sobre el nacionalismo (M. Herrero de Miñón).

(6) NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *Los nacionalismos en la España contemporánea (siglos VII y XX)*, Barcelona, Ilipotesi, 1999.

El libro de Juan Pablo Fusi⁷ pretende estudiar, en palabras del propio autor, «la articulación de España como nación» mediante «una visión no esencialista de la formación de España como tal nación, y una visión no nacionalista del problema de las nacionalidades y los nacionalismos en España» (p. 9). Empeño tan noble como difícil, cuyo fruto es un interesante y documentado viaje por nuestro pasado desde la Edad Media a nuestros días en el que vamos siguiendo los pasos, y a veces los traspies, de la formación y evolución de la identidad nacional española o, si se quiere, de la nación española, que a veces en el relato no se distingue muy bien la una de la otra. Un proceso en el que, especialmente en el siglo XVII y sobre todo en la Edad Contemporánea, el autor incluye la existencia de otras identidades y la emergencia de nacionalismos alternativos que, en su interacción con el español a lo largo del siglo XX, van condicionando el devenir de éste, así como la propia estructura del Estado a partir de 1978. Su caracterización de los factores que contribuyeron a la génesis de una identidad española desde el siglo XVI, a su fortalecimiento en el XVIII y a su maduración como nacional en el XIX y XX es, más o menos, la misma que la mayoría de quienes nos ocupamos de esta cuestión venimos sosteniendo en los últimos lustros. Sin embargo, el libro de Fusi no aporta avance alguno en los campos de investigación que hemos calificado de pendientes de cultivo al principio de estas páginas, ni creo que lo pretenda. Es un brillante ensayo de alta divulgación dirigido principalmente a un público no académico. Y como tal bienvenido sea. Pero eso no le exime de que señalamos algunos aspectos a nuestro juicio criticables.

En primer lugar, apreciamos cierta contradicción de partida entre el objeto de estudio elegido –la España-nación como realidad objetiva aunque se la considere cambiante y relativamente reciente– y la profesión de fe metodológica. De hecho, pese a su clara afirmación de que la identidad nacional es simplemente el producto no predefinido de un proceso histórico que además la hace evolucionar, y pese a las rotundas condenas de todo organicismo nacionalista⁸, la propia estructura de la obra y numerosos juicios de valor indican que la voluntad de superar el esencialismo no se ha realizado plenamente

⁷ Fusi, J. P.: *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

⁸ «Toda visión esencialista de la nación es intelectualmente inepta e históricamente falsa» (p. 38).

en su reconstrucción del pasado, como ha señalado con acierto Borja de Riquer en la introducción a la edición castellana de su última obra *α*. En efecto, resultan un tanto sorprendentes a estas alturas afirmaciones como «hubo en efecto naciones medievales. España, con las matizaciones que se quiera, fue una de ellas» (p. 37) o «ya vimos que Américo Castro fijaba -con razón- la aparición de *lo español* en el siglo XIII» (p. 40), tras lo cual no nos extraña escuchar que «España surgió a principios de la Edad Moderna casi como el arquetipo de nación» (p. 47), pero sí nos extraña, en cambio, que diga al mismo tiempo que en esas supuestas naciones del Renacimiento no había nacionalismo, pues éste no surgiría hasta las revoluciones liberales. Esta idea de que puede haber naciones muy anteriores al nacionalismo huele a un organicismo que en efecto asoma de vez en cuando su venerable cabeza en las páginas de un libro ⁹ que parece destinado preferentemente a convencer al personal de la antigüedad, fortaleza y capacidad de adaptación a la democracia del sujeto histórico nación española, lo cual es un propósito tan legítimo como otro cualquiera pero no parece muy analítico.

Una finalidad también de tipo cívico anima el libro de Javier Tusell ¹¹, pero en este caso es expresa: abrir, entre los nacionalismos hispánicos enfrentados, una vía de concordia que desemboque en un marco de convivencia armónica entre ellos. Al servicio de este propósito desarrolla una fundamentación histórica y politológica que pretende enmarcar el caso español en el contexto europeo y combatir ciertas confusiones conceptuales y terminológicas para contribuir a la superación del «diálogo de sordos» (p. 14) en que según él está empantanado el debate sobre «la nación y la pluralidad española». Empieza por un breve repaso crítico a las teorías de algunos especialistas en la materia (Hobsbawm, Nairn, Kedourie, Berlin, Seton-Watson, Gellner, Smith, Anderson, Hroch, Deutsch, etc.), que le sirve para rechazar las posturas primordialistas, basamento teórico de los nacionalismos etnicistas, y parte de las modernistas puras y para manifestar su posición tnatizadatnente constructivista. A continuación, Tusell constata «el retor-

⁹ RIQUEL, B. de: *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 17-18.

¹⁰ Por ejemplo, en esta manciniana frase de la p. 36: «origen común, comunidad de lengua, cultura e historia, y ocupaci(m de un mismo territorio fueron siempre fadores esenciales en la aparición y fornación del sentimiento de identidad nacional». Y pregunto yo, ¿qué hacemos con la fortísima identidad nacional suiza o con la norteamericana durante el siglo XIX?

¹¹ TUSELL, J.: *España, una angustia nacional*, Madrid, Espasa, 1999.

no de la nación» al centro mismo de la dinámica política de nuestra época. Considera que en ningún lugar es más importante ese fenómeno que en España, donde en realidad no ha habido retorno, porque la cuestión no ha dejado de condicionar la política desde hace más de cien años, y hunde sus raíces mucho más atrás. De aquí el largo repaso histórico que ocupa la mayor parte del libro, y que es lo que justifica que lo comentemos aquí. En línea con la mayoría de los historiadores actuales, desmonta la idea nacionalista de una España esencial y eterna hacia cuya maduración nacional estaban teleológicamente orientados todos los procesos históricos ocurridos en la Península Ibérica desde los tiempos más remotos. Y en este sentido refuta anacronismos y resalta las graves crisis del siglo xvii para demostrar el carácter no prede-terminado del devenir de la unidad política española.

Recoge la tesis relativamente reciente de la importancia del fortalecimiento del Estado y su protonacionalismo conexo en el siglo xviii como condicionante fundamental de la cuestión nacional en los dos siglos siguientes. Resalta el papel nacionalizador de la Guerra de la Independencia y el carácter mayoritariamente centralista del nacionalismo español liberal. Y enumera la nómina, ya casi canónica, de factores que pueden explicar las singularidades del caso español respecto del conjunto de Europa en lo relativo a la dinámica nacional: débil nacionalización por deficiencias de índole estructural y socioeconómica, Estado impotente, carencia de enemigo exterior, etc. Tras la obligada referencia al impacto del Desastre, que abre un siglo de confrontación entre nacionalismos, hace una somera descripción tanto de los nacionalismos subestatales como del español, así como de su evolución en los sucesivos períodos hasta nuestros días, para acabar constatando la fortaleza de las identidades nacionales subestatales y el predominio de las identidades compartidas. Según él, la irreversibilidad de esta situación y el arraigo del sistema autonómico no dejan otra salida que la búsqueda de soluciones de consenso.

Con tal fin asume las palabras de Ortega (p. 223): «Así nosotros, habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra». Y para llegar a estos «experimentos de nueva España» propone el fomento de cinco actitudes (pp. 224-250):

a) asumir que España ni es una nación homogénea ni un Estado plurinacional, sino una «nación de naciones» en la que se dan «identidades concéntricas»;

b) comprender que ha pasado la época de los nacionalismos nacidos en el XIX que aspiraban, en el caso de los estatales, a la unidad nacional, y en el de los subestatales, a la construcción de su propio Estado;

e) fomentar el «patriotismo de la pluralidad» que cimente la solidaridad entre las diferentes partes de España, lo que, en palabras de Herrero de Miñón, consistiría, no en «subsumir unas naciones sin Estado, calificables de históricas, culturales o lingüísticas, en el Estado de otra nación, sino en hacer naciones diferentes copropietarias del Estado común. No habría así naciones con Estado y sin Estado, sino un Estado común a varias naciones o, lo que es lo mismo, naciones que coparticipan de un mismo Estado»;

d) la transformación de los nacionalismos románticos y esencialistas en otros «posconvencionales» o incluso «posnacionalistas», que dejasen de estar obsesionados por el pasado y el etnicismo y se hicieran abiertos sustituyendo la «nación-esencia» por la «nación proyecto» (Vidal Quadras), y

e) la aceptación por todos de la conveniencia de la *asimetría*, no en cuanto privilegio de unas partes sobre otras, sino como instrumento necesario para tratar de modo diferente cosas que son realmente diferentes.

Acto seguido esboza una batería de propuestas destinadas a alcanzar un marco estable de convivencia entre nacionalismos e identidades nacionales en el seno de la España común: incorporar la pluralidad nacional a los símbolos (plurilingüismo en monedas, documentos oficiales y Senado, organismos y selecciones deportivas) y avanzar en la vía del federalismo asimétrico con lo que esto implica en la reforma del Senado, en la representación española en la Unión Europea y los organismos internacionales, etc.

Vemos que los libros de J. P. Fusi y I. Tusell no traen grandes avances historiográficos entre otras cosas porque no estaban destinados a ello. Sin embargo creo que cumplen una función muy positiva en algo que nunca se debería descuidar: la incidencia de nuestro trabajo sobre los problemas presentes. Y en este sentido constituyen excelentes antídotos contra el esencialismo –se refiera a la nación española, la vasca, la catalana o la gallega– al relativizar e historiar, en el sentido pleno de la palabra, la naturaleza, la evolución y las relaciones de esas naciones entre sí, así como con la sociedad y con el Estado.

Pasemos finalmente a los trabajos que se centran en la dimensión española de todo este complejo y largo proceso. Parece claro que las dos obras recientes que han aportado más, en el plano estrictamente académico, al incremento de nuestro conocimiento del nacionalismo español son las de Javier Varela ¹² y José Álvarez Junco ¹³, sin desdeñar por eso otros trabajos de temática más acotada, entre los que cabe resaltar el excelente y original libro del fallecido Carlos Serrano ¹⁴, en cuyo comentario no podemos entrar por falta de espacio.

En su libro, Javier Varela se plantea un objeto bien delimitado: el análisis de las concepciones de España, de sus problemas y posibles soluciones, entre los intelectuales (excluidos los afectos a los nacionalismos subestatales, salvo algunas referencias a algunos regionalistas catalanes necesarias para el hilo central de su argumento) desde la Restauración al franquismo. Y en mi opinión construye su objeto con total solvencia. Sus conocidas posturas ante los nacionalismos dejan alguna huella en la introducción ¹⁵, pero por fortuna no le impiden luego practicar un distanciamiento crítico, en ocasiones incluso ácido, en su completo repaso por los avatares que experimenta el discurso nacionalista español de la mano de una muy larga relación de figuras desde Menéndez Pelayo y sus seguidores, por un lado, y los krausistas (Ciner, Posada, Castro), por otro, hasta los jóvenes más o menos falangistas, más o menos orteguianos, que luego se distanciarían del franquismo (Maravall, Laín, Díez del Corral, Ridruejo) pasando por los regeneracionistas «del Desastre» (Picavea, Costa, Mallada, etc.), la generación del 98 (Azorín, Baroja, Maeztu, Canivet), la generación del 14 (Ortega sobre todo) y el grupo del Centro de Estudios Históricos (Hinojosa, Menéndez Pidal, Altamira, Sánchez Albornoz, Américo Castro). Aunque la nómina, por supuesto, no es completa y en ella faltan algunos

¹² VARELA, J.: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.

¹³ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2001.

¹⁴ SERRANO, C.: *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mito y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

¹⁵ Por ejemplo, en esta discutible apreciación: «Desde la transición política, el problema español sólo existirá entre los nacionalistas periféricos, incapaces de existir sin la mitología romántica sobre la totalidad nacional, que es precisamente la que alimenta la división entre amigo y enemigo, potencialmente destructora de la convivencia. En el resto de España, la metafísica nacionalista sobre la unidad, el destino, la psicología peculiar y los orígenes absolutos se había traducido en problemas terrenales de crecimiento económico, democracia y salvaguarda de los derechos individuales» (p. 20).

intelectuales que también eran políticos (como Azaña o Besteiro), resulta más que suficiente para ilustrarnos sobre las fuentes del rearme esencialista-casticista e historicista de la mayor parte del nacionalismo español en los tres primeros cuartos del siglo XX.

La obra de J. Álvarez Junco, a pesar de una declaración de propósitos más contenida, es probablemente la más ambiciosa respecto de las tareas historiográficas pendientes en el ámbito que venimos tratando y desde luego la que más eco mediático ha obtenido. Es el resultado de bastantes años de dedicación durante los cuales el autor nos ha venido ofreciendo adelantos parciales en varios artículos y capítulos de libros colectivos. A pesar de que el título puede hacer pensar que el texto se circunscribe a la historia de las ideas y a pesar de que el propio autor afirma que su trabajo se encuadra en la «historia cultural o, si se quiere, político-cultural» (p. 20), en realidad el objetivo que persigue, a juzgar por el conjunto de contenidos de la obra, es ofrecer una descripción y explicación del *nation-bLLilding* español en el siglo XIX e incluso dar algunas claves para entender su evolución en el siglo XX. Pero como cualquier proceso de nacionalización desborda con mucho el plano puramente ideológico, aunque éste sea muy importante, Álvarez Junco, curándose en salud ante posibles críticas sobre las limitaciones del material empírico utilizado, nos anuncia de entrada su renuncia a tener debidamente en cuenta las dimensiones económica, social, jurídica e institucional del asunto. Y por si esto fuese poco, también nos advierte que la consulta en archivos ha sido nula y la de hemerotecas escasa, que se ha centrado sobre todo en la «cultura» elaborada en Madrid y que probablemente falten en su nómina ideólogos y publicistas, todo lo cual no invalida en su opinión las conclusiones a que puede llegar (pp. 20-25). Esta sinceridad, poco común en estos pagos, dice mucho en favor de su honestidad intelectual, pero no anula el hecho de que media gran distancia entre la entidad de algunas de sus conclusiones y la cantidad y poca diversidad tipológica y territorial de las fuentes usadas.

No obstante estas limitaciones autoimpuestas, cuyas consecuencias iremos señalando a lo largo de este comentario, estamos sin duda ante el estudio más importante que se ha publicado hasta la fecha sobre el nacionalismo español y sobre la génesis y evolución de la identidad nacional española. Muchas son las aportaciones de interés que enriquecen nuestro incompleto conocimiento de unos fenómenos que siguen siendo, aunque cada vez menos, la gran tarea pendiente de los especialistas en nacionalismos hispánicos.

Para empezar nos adara cuáles son sus conceptos de nación y nacionalismo (pp. 11-13), lo que siempre es de agradecer. Y aunque no comparto totalmente unas definiciones que exigen el referente étnico en todos los casos ³⁰, un poco a lo Walker Connor, esta diferencia de matiz no impide que coincidamos plenamente en lo demás, así como en su consideración de que naciones e identidades de todo tipo no son realidades objetivas cuasi inmutables sino constructos sociales intersubjetivos y variables. Por ello afirma algo que muchos suscribimos desde hace tiempo: nacionalismo español y nación española en sentido estricto nacen en 1808-1814 y especialmente a partir de las Cortes de Cádiz.

Pero eso no implica que algunos ingredientes de aquél y de ésta sean anteriores. De aquí la conveniencia de contemplar antecedentes parciales, remotos y próximos. Y aunque no encuentra «naciones» medievales ni nación española desde el siglo xv, al modo de Fusi, sí le «parece indiscutible que para la Península Ibérica y sus habitantes se había ido construyendo durante la Antigüedad y la Edad Media una identidad diferenciada de la de sus vecinos y que tal identidad se designaba precisamente con los términos de *España* y *español*» (p. 45). Como, al contrario de lo que ha hecho con «nación» y «nacionalismo», no se ha molestado en explicarnos qué entiende por identidad en general ni ahora nos dice a qué tipo de identidad se refiere exactamente, esta afirmación me resulta, con todos los respetos, más que discutible, pues creo que cualquier identidad que se pudiese atribuir razonablemente en esas épocas a los peninsulares (¿incluido Portugal?) sería bastante irrelevante para la cuestión que nos ocupa, a no ser que caigamos en un ejercicio de anacronismo o de predeterminación nacional. Él

³⁰ Define las naciones como «grupos humanos que creen compartir unas características culturales comunes -lengua, raza, historia, religión- y que, basándose en ellas, consideran legítimo poseer un poder político propio, sea un Estado plenamente independiente o un gobierno relativamente autónomo dentro de una estructura política más amplia» (p. 11). Y el nacionalismo como un «sentimiento que los individuos poseen de identificación con las comunidades en que han nacido, que en los grados extremos llegan a tal grado de lealtad a esas patrias o naciones que sus miembros se declaran dispuestos incluso al sacrificio de sus vidas -léase mata al otro- si el ente colectivo lo requiriese. Se utiliza también, en segundo lugar, el término nacionalismo para referirse a la doctrina o principio político de acuerdo con el cual cada pueblo o nación tiene el derecho a ejercer el poder soberano sobre el territorio que habita, lo que en la práctica significa que a cada identidad cultural debe corresponder un Estado u organización política independiente, y que éstos sólo son legítimos si se ajustan a las realidades étnicas previas».

mismo reconoce que hasta los Reyes Católicos esos vocablos no adquieren significado político. Y aquí estamos hablando de identidades que, nacionales o no, siempre han de tener un contenido político, mayor o menor, directo o indirecto, pero siempre político.

En todo caso, lo cierto es que, en los siglos XVI-XVIII, al calor de la unidad política, de la construcción imperial, de la limpieza etno-religiosa interior y de las continuas guerras exteriores de la monarquía se va forjando una identidad colectiva y un patriotismo españoles que se consolidan especialmente en el siglo XVIII. Álvarez Junco ofrece en los dos primeros capítulos una caracterización de los contenidos de esa identidad (muy centrada en el catolicismo tridentino y en la identificación con el orden social y político) y una síntesis convincente de las principales manifestaciones intelectuales, literarias y artísticas de ese patriotismo, que empieza a escindirse por dentro en el siglo XVIII entre tradicionalistas y modernizadores como consecuencia de la emergencia del reformismo ilustrado.

Viene a continuación el «prometedor comienzo» de la «Guerra de la Independencia» y las Cortes de Cádiz, parteras de la nación, de la identidad nacional y del nacionalismo españoles. El autor señala con acierto la gran debilidad que ese comienzo presentaba de cara a la futura consolidación de la revolución liberal: una cosa eran las elites, especialmente las representadas en Cádiz, y otra muy distinta el pueblo, mitificado como encarnación de la nación de las libertades, pero realmente adscrito casi por completo a los postulados de la reacción absolutista, de la santa alianza entre Altar y Trono. Por ello, y habida cuenta de la hostilidad hacia la nación naciente por parte del tradicionalismo hegemónico, la nacionalización española iniciaba su anda-

³¹ ÁLVAREZ JUNCO (pp. 59-62) insiste en su conocida postura de atribuir contenidos preferentemente religiosos y etnolingüísticos tanto a una como a otro. Por eso critica las denominaciones de prenatal o de protonacionalismo, por considerar que traslucen una visión «aristotélica» de concatenación necesaria entre los pre-/proto- y los nacionalismos/naciones ulteriores propiamente dichos. De ahí que prefiera el término *patriotismo étnico* para designar al que precede al nacionalista. Creo que en este caso la polémica terminológica es una cuestión menor, pues, al contrario de lo que suele ocurrir, hay acuerdo en lo fundamental, que es la naturaleza de ese patriotismo. No obstante, no me parece muy adecuado adjetivar de étnico un patriotismo que nace y se desarrolla por factores políticos y que, aun apoyándose en una identidad que escoge parte de sus contenidos de una etnicidad (la castellana), sobrevuela por encima de otras etnicidades y convive con ellas en lealtades duales. También resulta curioso que, después de su refutación de los pre-, el autor use profusamente el término prenatal en el resto de la obra y justamente en el sentido que había criticado.

dura en condiciones muy desfavorables. Esta presentación del punto de partida es brillante y cierta, pero queda algo coja al no incorporar una descripción breve pero sistemática de las ideologías en conflicto y sobre todo de su traducción en los debates legislativos y en el primer diseño político de la nación contenido en la Constitución de 1812. y hubiese sido fácil porque bastaba con resumir los excelentes trabajos de que disponemos en este campo, algunos desde hace bastantes años ¹⁸.

y ésta es una carencia que seguimos percibiendo en el resto del libro. Al parecer *la(s) idea(s) de España* fueron cosa principalmente de intelectuales, artistas y literatos, pues son ellos los tratados de un modo selectivo pero metódico, Políticos, periódicos y documentos oficiales aparecen esporádicamente aquí o allá, pero sólo para sazonar un guiso cuyos ingredientes mayores son los otros. En mi opinión, la consideración de los programas y manifiestos de los partidos, de las posturas de los principales periódicos (aunque sean sólo los madrileños) y de la legislación más relevante para el asunto (siempre inexcusablemente las Constituciones) deberían tener un peso mucho mayor entre los materiales utilizados para analizar el proceso de nacionalización, aunque sólo sea en su nivel «cultural», es decir, ideológico en sentido amplio.

A pesar de ello, las partes segunda y tercera de la obra, dedicadas respectivamente a la nacionalización de la cultura y a la del tradicionalismo católico, iluminan ese proceso con originalidad y rigor. Y gracias a ello hoy sabemos mucho más del asunto, y lo entendemos mucho mejor, aunque nos quede también mucho por saber. Resulta especialmente interesante la integración, poco frecuente entre nosotros, de literatura, arte, ciencia e historiografía en un tratamiento completo de la cultura como marco nacionalizador bien trabado. De ahí su conclusión de que «los intelectuales habían hecho sus deberes» porque los «mitos nacionales estaban contruidos» (pp. 271-279). Pese a ello, nos dice, esa cultura nacional adolecía de un elitismo y un estatismo excesivos que la desconectaban de la mentalidad popular y, por tanto, disminuían su potencial nacionalizador. Y esto enlaza con el objeto de la tercera parte, en mi opinión, la más valiosa del libro. En ella se reconstruye magistralmente la problemática relación entre el tradicionalismo católico y la nación española a lo largo del siglo, una

¹⁸ Por ejemplo, VARELA SUANZES-CARPEGNA, J.: *La Teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (las Cortes de Cádiz)*, Madrid, CEE, 1983, y ARBÓS, X.: *La idea de nació en el primer constitucionalismo español*, Barcelona, Curial, 1986.

relación que pasa de la hostilidad inicial a la plena nacionalización de esa poderosa tendencia sociopolítica ya en la Restauración. Sin embargo, como muy bien señala Álvarez Junco, esto, que era imprescindible para la pervivencia de la nación, añadió al mismo tiempo un nuevo factor de debilidad al proceso, tanto por el escaso sentido de Estado de la Iglesia como porque acentuó el carácter regresivo del proyecto nacional resultante, de modo que los apoyos sociales que se ganaban por un lado se perdían con creces por el otro.

Esto es muy cierto. Sin embargo, el entusiasmo del autor por profundizar en este aspecto de la cuestión le lleva a minusvalorar las otras tendencias del nacionalismo español. Resulta sorprendente que apenas aparezcan las *ideas de España* de los demócratas y republicanos españoles (incluso de los progresistas) y que figuras como Pi i Margall, Salmerón, Castelar, Chao, Almirall, etc., brillen por su ausencia. De hecho, en ocasiones Álvarez Junco se deja llevar por este reduccionismo y casi convierte al nacionalismo español a partir de la Restauración en una persona con unidad de pensamiento y acción. Y así dice: «El nacionalismo español, al identificarse con el catolicismo...» (p. 460) ¹⁹.

En la cuarta parte se intenta hacer un balance general de la ejecutoria del nacionalismo español en el siglo XIX. Para ello, el autor entra en la polémica sobre las causas de la especificidad española en la cuestión nacional y tras describir los fallidos intentos de reconstrucción del imperio, repetir su conocida visión del Desastre, asumir los factores enumerados en su día por B. de Riquer y otros y afirmar que el nacionalismo español había saldado el siglo XIX con un doble fracaso, el de la reforma política interna y el del imperio, acaba inclinándose con matices por la tesis de la debilidad nacionalizadora, si bien señala que, con todo, la nacionalización tampoco fue tan desastrosa cuando la unidad política se mantuvo y se mantiene.

No queda espacio para comentar muchos otros aspectos del libro que lo merecen. Por ello terminaré diciendo que, sin demérito de la indudable calidad de esta obra, echo en falta dos cosas a mi juicio bastante relevantes:

La primera es una mayor atención a la pervivencia de identidades y lealtades subestatales, basadas en la especificidad étnica y/o en el

¹⁹ O bien, tras el Desastre: «el nacionalismo español había encontrado, por fin, el reemplazo para aquel objetivo que cien años antes se plantearon los liberales gaditanos (...): la regeneración del país, la europeización, en definitiva la modernización» (p. 593).

autogobierno corporativo, y a sus correspondientes movimientos socio-políticos a partir de mediados del siglo XIX. Unas y otros se relacionan de modo muy diferente (complementariedad u oposición) con la identidad española según los casos y los momentos. Es cierto que la obra no pretende ser un estudio de la cuestión nacional en España y que, por tanto, no es exigible la contemplación de las comunidades y los movimientos subestatales en sí mismos. Pero es igualmente cierto que, dada las inevitables interacciones entre las partes y el todo, la ignorancia casi absoluta de las primeras impide una buena descripción y explicación de la naturaleza y evolución del segundo. Sólo se le dedican ocho páginas en la última parte (pp. 593-601) Y en el marco ya del siglo XX. Hubiesen bastado algunas lecturas más para llenar este vacío, que además hubiesen evitado algunos errores de bulto, como decir que el nacionalismo gallego nació en Madrid y Buenos Aires. Tras el ensimismamiento, tan acertadamente criticado, de las investigaciones sobre los diferentes regionalismos y nacionalismos subestatales, nos encontramos ahora con otra visión ensimismada, en este caso del nacionalismo español. Quizá sea un peaje inevitable en las primeras etapas de roturación de un campo nuevo.

La segunda es el centralismo de las fuentes. El libro nos informa muy bien de lo que se hacía, se pensaba, se escribía y se pintaba en Madrid, pero (salvo algunas excepciones) «las provincias», y no sólo las étnicamente diferenciadas, quedan en una oscuridad casi absoluta. Y en España, Madrid ni fue ni es lo que Londres en Inglaterra o París en Francia. Y aunque lo fuese. Recordemos que al tan invocado Eugen Weber no se le ocurrió estudiar la nacionalización francesa centrándose en París. Por el contrario, lo que hizo, y de ahí que lo invoquemos, fue estudiar la Francia rural. La incorporación de datos sobre el resto del país, muchos ya fácilmente disponibles en las historiografías regionales y locales, hubiese permitido calibrar algo mejor cómo discurría la nacionalización en la mayor parte de España. Es decir, cómo discurría en cuanto tal nacionalización.

En todo caso, podemos felicitarnos de que las obras de Javier Varela y José Álvarez Junco sean dos largos pasos adelante en el camino que aún nos queda por recorrer. Desde luego, hoy sabemos mucho más del nacionalismo español que antes de que se publicasen.